

## Ninguna parte

JAVIER UGARTE

Las cosas, mal que bien, marchaban en la vida política de este país hasta 1997. Ese año, el Euzkadi Buru Batzar del PNV decidió estirar el pelotón con su acuerdo soberanista, luego ratificado en la Asamblea Nacional del Euskalduna y materializado en el Pacto de Lizarra. Finalmente, se gestó el famoso Plan. Habían decidido *hacer cumbre* soltando lastre en el camino, si hiciera falta. El pelotón político se partió, se produjeron nuevas alianzas y se inició un tenso y demoledor viaje; un viaje a ninguna parte, que es exactamente donde hoy estamos.

Creo que el análisis fino comienza a ser para este país un lujo de salón. Aquél estirón ha dejado un paisaje político desolado. El probable *lehendakari* —aunque aún no sepamos cómo lo hará—, Juan José Ibarretxe, será presidente con una coalición mal avenida que no cuenta más que con el 42,7% de los miembros del Parlamento. La oposición mayoritaria, el PSE-EE, tras 25 años de gobierno del PNV, se conforma con que el nacionalismo llegue a cierta avenencia con ella. Se sabe carente de la fortaleza que da el ser alternativa. Y no lo es porque es históricamente incapaz de sobrepasar en votos al nacionalismo democrático y, ahora mismo, de tejer una coalición para gobernar: hay quien nunca se aproximaría a ellos, y los hay a quienes no quieren ellos acercarse. El PP lo tuvo siempre difícil, pero Mayor Oreja lo dejó en una situación de radical aislamiento y con un índice de rechazo altísimo. Una situación que María San Gil podría cambiar solamente si se alejara del tremendismo de Acebes-Aznar, cosa que de momento no hace. A Aralar, el *partido traidor*, para la izquierda *abertzale* nacida de ETA, le costará subir. Y EHAK-HB tiene en su seno la ponzoña del terror. El país resulta ingobernable en el sentido democrático y práctico del término.

Si todo esto no fuera ya poco, los imaginarios políticos que circulan en buena parte de los partidos que nos representan (Plan, autodeterminación, independencia,...) resultan anacrónicos y socialmente paralizantes. Carecemos de líderes políticos con carácter. Tenemos políticos inanes que practican el tancredismo, unos y otros, incapaces de comunicarse. Y carecemos de un entramado institucional sólido y reconocido. Con todo esto, la sociedad pierde vigor por desistimiento.

Es cierto que al PNV tan sólo le quedan dos vías: volver a estirar el pelotón con el acompañamiento de



Ibarretxe (izquierda) y Patxi López, en su reunión tras las elecciones. / P. J. P.

EHAK o llegar a un cierto arreglo con el PSE-EE, de modo que éste consienta su gobierno a cambio de contemplar su propuesta de reforma del Estatuto y de un trato preferente en el Parlamento. Da la impresión, a día de hoy, que se inclinarán por la segunda opción, no sin tensiones en su interior. Pero, ¿qué nos reporta esto a la ciudadanía? Renunciar por años a una posible alternancia a este gobierno; unas conversaciones por un nuevo estatuto que serán jugadas en campo nacionalista, y el olvido de los problemas cotidianos (vivienda, sanidad, enseñanza) y estratégicos (comunicaciones, ordenación del territorio, informática e I+D), mientras se practica, por la vía de los hechos, una política roma, privatista e ineficaz en la política inversora en todos los ámbitos. (Empezando por la investigación, donde se crean sectariamente corporaciones privadas incapaces de activar los proyectos que se les encargan, mientras se arrumba al ostracismo a los equipos ya constituidos).

Esperemos no terminar como Galván, el protagonista de *El viaje a ninguna parte* (Fernando Fernán Gómez), en un asilo mascullando nostálgicos recuerdos, como una sociedad agotada que sobrevive en los márgenes del mundo. Aún tenemos recorrido. Pero sólo a condición de que los partidos de la oposición asuman con vigor su responsabilidad, que sean capaces de hacer que vislumbremos un poderoso cambio de rumbo que nos estimule. Quizá sea tan sólo un deseo.

## EL ROTO

### EL COMUNICADO



## LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ EN EL PAÍS VASCO

### La herencia moral

VICENTE CARRIÓN ARREGUI

Es una pena que el excesivo ruido mediático acerca de las víctimas ignore los escasos acontecimientos esperanzadores en la lucha contra los estragos terroristas. Valga como ejemplo que pasara desapercibida la convocatoria promovida por varias entidades (Aula de Ética de la Universidad de Deusto, Bakeaz, Gesto por la Paz y la Dirección del Gobierno Vasco de Atención a las Víctimas del Terrorismo) para realizar un Seminario de Educadores para la Paz el pasado 21 de mayo en Vitoria. En este último encuentro se planteó cómo acercar la presencia de las víctimas del terrorismo a las aulas para hacer brotar un *nunca más* a la agresión, sí, pero también a la cobardía que sigue caracterizando la convivencia en el País Vasco a la hora de tratar ciertos temas.

En el escasísimo trabajo realizado en el País Vasco en torno a la educación para la paz han sido pioneros tanto Xavier Etxeberria, catedrático de Ética en la Universidad de Deusto, como Josu Ugarte, director de Bakeaz, quienes ya promovieron en enero de 2004 el proyecto de Escuela de Paz que fue presentado por Jose Angel Cuerda, ex alcalde de Vitoria. También trabaja activamente en el ámbito educativo Gesto por la Paz, precursora en la edición de materiales didácticos sobre el tema, que cada año promueve la celebración del día de la No violencia el 30 de enero. Asimismo, si el Gobierno vasco participaba hace un año a través de la Dirección de Derechos Humanos, ahora lo hacía a través de la Dirección de Atención a las Víctimas que dirige Maixabel Lasa, y ojalá que en el futuro participe el Departamento de Educación en pleno.

En la reunión de Vitoria también había representantes sindicales y algún conocido político, pero sobre todo había profesores de a pie, de la pública y de la privada, deseosos de compartir un espacio muy infrecuente en los centros educativos: el de la acción cívica contra la violencia terrorista. Desde quienes tuvieron problemas por llevar el lazo azul o fueron invitados a dejar de protestar

contra los atentados, hasta quienes discutimos la manera de conectar la creciente sensibilidad hacia la educación emocional y contra el acoso escolar con la lucha contra la *kale borroka* y toda esa simbología antiespañola y proviolenta con la que nuestros jóvenes se inician a la vida adulta entre los bares de los cascos viejos. El día en que el "esquema del *bullying*" al que se refería el 23 de mayo la consejera de Educación, Anjeles Iztueta —"Hay un maltratador, una víctima y testigos pasivos (...), por lo que hay que evitar que la mayoría mire para otro lado"— lo podamos aplicar al terrorismo etarra, será un gran día.

Pero, como era de esperar, en este núcleo de organismos e indivi-

**Estas décadas de silencio e impotencia sólo están produciendo ciudadanos esquivos de su condición**

dualidades que se están aglutinando para promover una intervención educativa que prepare a los jóvenes para intervenir cívicamente en una sociedad vasca contaminada moralmente por su pasividad ante el terrorismo y el escaso apoyo ofrecido a sus víctimas, faltan voces a mi parecer imprescindibles. Pienso en la Universidad del País Vasco en general, pero en Aurelio Arteta, Fernando Savater o Edurne Uriarte en particular, por citar sólo algunos, personas con profunda sensibilidad hacia las secuelas morales del terrorismo pero que, lamentablemente, se hallan muy distantes de los organismos hasta ahora implicados en este proyecto de educación para la paz. ¿Por qué distantes? En mi opinión, los lamentables rirrafes producidos entre quienes no siempre coincidimos en la estrategia antiterrorista son una victoria añadida del terrorismo y, en tanto tal, hasta que no seamos capaces de, por ejemplo, reconciliar a Gesto por la Paz con Aurelio Arteta, no habremos desactivado el germen ma-

léfico, la clorata moral que, en cierto sentido, nos hace a todos víctimas no sólo de la agresión, sino del desencuentro posterior.

Además, por meritoria que esté siendo la iniciativa de Deusto, me parece inconcebible que la universidad pública esquivе su implicación a la hora de tutelar y orientar dicho proceso desde una perspectiva plenamente laica. Filósofos, sí, pero también historiadores, sociólogos, periodistas, economistas, psicólogos y qué sé yo, han de ayudar desde sus atalayas universitarias a encontrar palabras, métodos y procedimientos que nos ayuden a digerir estas décadas de silencio e impotencia, que sólo están produciendo ciudadanos esquivos de su condición, estúpidamente apolíticos e incapaces de explicar a sus descendientes cómo pudo ser aquel tiempo en que muchos creían tener razones para matar.

Es obvio que en el empeño de aglutinar una acción educativa contra el terrorismo no sólo falta la UPV, sino un sinfín de organismos y personas que, ojalá, se vayan incorporando cuanto antes. Posiblemente haya otras propuestas y otras perspectivas complementarias o alternativas, pero de lo que no cabe duda es de que, lenta pero inexorablemente, va cuajando la necesidad de aunar fuerzas para elaborar materiales y planificar intervenciones que dignifiquen nuestra labor docente después de tantos años de desidia y dejadez al respecto. Claro que más de alguno dirá: ¿y a qué viene meter el terrorismo vasco en la escuela ahora que parece ir remitiendo? A la candidez de tal pregunta sólo cabe responder con otra: ¿Acaso calibraremos el alcance moral de la herencia de prepotencia, chulería y matonismo, por un lado, y de cobardía, ambigüedad y complicidad, por otro, que va a derivarse de varias décadas en las que la ideología se ha superpuesto a la vida misma, el grupo al individuo y el *qué dirán* al pensamiento propio? Con tanto trabajo por hacer, más nos vale empezar cuanto antes.

Vicente Carrión Arregui es profesor de Filosofía.